

5 Escritura constitucional y desobediencia civil

Lecturas guiadas: *Discurso de Gettysburg* de Abraham Lincoln y *Desobediencia civil* de Henry David Thoreau

Ponente: Prof. Dr. Antonio Lastra

Relator: Prof. Dr. José Alfredo Peris

24 de enero de 2019, 19 h.-21 h.

Sede: Universidad Católica de Valencia

Escritura constitucional y desobediencia civil

Historia de dos ideas. Declaración de independencia de la semántica política: la democracia en América. Federalismo, confederación, soberanía, nación, libertad, unión, secesión, anarquía, acción e interposición del gobierno, esclavitud, emancipación, Estado.

La teología política de Lincoln y *the Lost Cause*.

¿Comprendemos la frase *We the People*?

Texto 1

Four score and seven years ago our fathers brought forth on this continent, a new nation, conceived in Liberty, and dedicated to the proposition that all men are created equal.

Now we are engaged in a great civil war, testing whether that nation, or any nation so conceived and so dedicated, can long endure. We are met on a great battle-field of that war. We have come to dedicate a portion of that field, as a final resting place for those who here gave their lives that that nation might live. It is altogether fitting and proper that we should do this.

But, in a larger sense, we can not dedicate —we can not consecrate —we can not hallow— this ground. The brave men, living and dead, who struggled here, have consecrated it, far above our poor power to add or detract. The world will little note, nor long remember what we say here, but it can never forget what they did here. It is for us the living, rather, to be dedicated here to the unfinished work which they who fought here have thus far so nobly advanced. It is rather for us to be here dedicated to the great task remaining before us —that from these honored dead we take increased devotion to that cause for which they gave the last full measure of devotion —that we here highly resolve that these dead shall not have died in vain —that this nation, under God, shall have a new birth of freedom —and that government of the people, by the people, for the people, shall not perish from the earth.

[Hace ocho décadas y siete años nuestros padres alumbraron en este continente una nueva nación, concebida en libertad y dedicada a la proposición de que todos los hombres han sido creados iguales.

Ahora estamos empeñados en una gran guerra civil para probar si aquella nación, o cualquier nación concebida de ese modo y dedicada a ese propósito, puede durar. Nos encontramos en un gran campo de batalla de esa guerra. Hemos venido a dedicar una parte de este campo como lugar definitivo de descanso de quienes dieron aquí sus vidas para que aquella nación pudiera vivir. Es completamente adecuado y apropiado que lo hagamos.

Pero, en un sentido más amplio, no podemos dedicar, no podemos consagrar,

no podemos venerar este suelo. Los valientes, vivos y muertos, que lucharon aquí ya lo han consagrado, muy por encima de nuestro escaso poder para poner y quitar. El mundo no tomará nota ni recordará durante mucho tiempo lo que digamos aquí, pero no podrá olvidar nunca lo que ellos hicieron. Más bien es a nosotros, los vivos, a quienes toca dedicarnos ahora al trabajo inacabado que quienes lucharon aquí adelantaron de un modo tan noble. Más bien es a nosotros a quienes toca dedicarnos a la gran tarea que tenemos por delante: aumentar, por estos muertos honorables, nuestra devoción a la causa por la que ellos dieron hasta la última medida de la devoción; resolver aquí, por encima de todo, que estos muertos no murieron en vano; que esta nación, bajo la mirada de Dios, tendrá un nuevo nacimiento de la libertad y que el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo, no desaparecerá de la tierra.]

ABRAHAM LINCOLN

‘Discurso de Gettysburg’, en *El discurso de Gettysburg y otros escritos sobre la Unión*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Tecnos, Madrid, 200, pp. 253-254.

Texto 2

Acepto cordialmente el lema de que “el mejor gobierno es el que menos gobierna”, y me gustaría verlo actualizado más rápida y sistemáticamente. En la práctica, lleva a otro en el que también creo: “El mejor gobierno es el que no gobierna en absoluto”, y cuando los hombres estén preparados para ello, será la clase de gobierno que tengan. En el mejor de los casos, el gobierno no es sino un medio, pero la mayoría de gobiernos suele ser inconveniente y todos los gobiernos lo son en ocasiones. Las objeciones que se han formulado contra un ejército permanente, muchas y poderosas, y que merecen prevalecer, también se pueden formular contra un gobierno permanente. El ejército permanente solo es un brazo del gobierno permanente. El gobierno, que solo es la forma que el pueblo ha elegido para ejercer su voluntad, es asimismo susceptible de abuso y perversión antes de que el pueblo pueda obrar en consecuencia. Lo atestigua la actual guerra con México, obra de relativamente pocos individuos que utilizan el gobierno permanente como su instrumento, pues, en principio, el pueblo no habría consentido esa medida.

Este gobierno americano, ¿qué es sino una tradición que, aunque reciente, trata de transmitirse intacta a la posteridad y que va perdiendo algo de su integridad a cada instante? No tiene ni la vitalidad ni la fuerza de un solo hombre vivo, pues un solo hombre puede doblegarlo a su voluntad. Es una especie de pistola de madera para el pueblo, que se resquebrajaría si la utilizara en serio contra otro. Pero ello no la hace menos necesaria, ya que el pueblo ha de tener alguna maquinaria compleja y oír su estruendo para satisfacer la idea que tiene del gobierno. Los gobiernos demuestran así cómo imponerse a los hombres, incluso a sí mismos, en su propio beneficio. Concedamos que sea excelente; sin embargo, este gobierno no ha fomentado nunca ninguna iniciativa, salvo por la presteza con la que se aparta del camino. *El gobierno* no mantiene el país libre. No consolida el oeste. No educa. El carácter inherente al pueblo americano ha hecho todo cuanto se ha logrado, y habría hecho más si el gobierno no se hubiera interpuesto a veces en su camino. El gobierno es un medio con el que los hombres deberían prosperar al dejarse en paz unos a otros y, como se ha dicho, es más útil cuando deja en paz a los gobernados. Si no estuvieran hechos de caucho de la India, la industria y el comercio no habrían podido sortear los obstáculos que los legisladores ponen continuamente en su camino, y si juzgáramos por completo a esos hombres por los efectos de sus acciones, no parcialmente por sus intenciones, merecerían que se les clasificara y castigara junto a los malhechores que obstruyen el ferrocarril.

Pero, para hablar de una manera práctica y como ciudadano, a diferencia de aquellos que se llaman a sí mismos hombres sin gobierno, no pido que no haya gobierno de inmediato, sino un gobierno mejor *de inmediato*. Que cada uno sepa qué clase de gobierno merecería su respeto y habrá dado un paso para obtenerlo.

Al fin y al cabo, la razón práctica por la que, cuando el poder está una vez en

manos del pueblo, se permite a una mayoría gobernar, y seguir haciéndolo por un periodo largo de tiempo, no es que haya más probabilidad de que sea justa, ni que le parezca más apropiado a la minoría, sino que físicamente es más fuerte. Pero un gobierno en el que la mayoría gobierna en todos los casos no puede estar basado en la justicia, ni siquiera hasta donde los hombres la entiendan. ¿No podría haber un gobierno en el que no fueran las mayorías, sino la conciencia, lo que decidiera virtualmente qué es justo e injusto; en el que las mayorías decidieran solo en aquellas cuestiones en las que fuera aplicable la norma de la conveniencia? ¿Ha de ceder el ciudadano su conciencia, un momento tan solo o en el menor grado, al legislador? ¿Por qué, entonces, tienen los hombres conciencia? Creo que deberíamos ser primero hombres y después súbditos. No es conveniente cultivar más respeto a la ley que a lo justo. La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en cada momento lo que creo justo. Es bastante acertado decir que una corporación no tiene conciencia, pero una corporación de hombres conscientes es una corporación *con* conciencia. La ley nunca ha hecho a los hombres más justos, y, al respetarla, incluso los más dispuestos se convierten a diario en agentes de la injusticia. El resultado habitual y natural del respeto indebido a la ley es que veamos un desfile de soldados: el coronel, el capitán, el cabo, los soldados rasos, los artilleros y los demás, marchando a la batalla en admirable orden por colinas y valles, contra sus voluntades, ay, contra su sentido común y sus conciencias, lo cual hace la marcha muy escarpada y produce una palpitación en el corazón. No dudan de estar involucrados en un asunto detestable; todos quieren la paz. Ahora bien, ¿qué son? ¿Hombres o pequeños fuertes y polvorines en movimiento al servicio de unos cuantos hombres sin escrúpulos en el poder? Visítad el arsenal naval y contemplad al soldado de marina, el tipo de hombre que el gobierno americano puede hacer, el tipo de hombre que puede hacer con su magia negra, mera sombra y reminiscencia de la humanidad, un hombre amortajado vivo y en pie, y ya, podríamos decir, sepultado bajo las armas con acompañamientos fúnebres, que podrían ser estos:

No se oían tambores ni notas fúnebres
 Cuando llevamos su cadáver al baluarte;
 Ningún soldado disparó una salva de despedida
 Sobre la tumba donde sepultamos a nuestro héroe.

De este modo, la masa de hombres no sirve al Estado esencialmente como hombres, sino como máquinas, con sus cuerpos. Son el ejército permanente y la milicia, carceleros, guardianes, *posse comitatus*, etc. En la mayoría de los casos no se da el libre ejercicio del juicio ni del sentido moral, sino que se equiparan a la madera y la tierra y las piedras, y tal vez podrían fabricarse hombres de madera que fueran igual de útiles. No imponen más respeto que hombres de paja o un pedazo de barro. Tienen el mismo valor que caballos y perros. Sin embargo, suele estimárseles como buenos ciudadanos. Otros, como la mayoría de legisladores, políticos, abogados, ministros y funcionarios, sirven al Estado principalmente con sus cabezas y, como rara vez hacen distinciones morales, es tan probable que sirvan al diablo, sin proponérselo, como a Dios. Muy pocos, los héroes, patriotas, mártires, reformadores en sentido amplio, y *hombres*, sirven al Estado también con sus conciencias y, por ello, en la mayoría de ocasiones se resisten necesariamente y se les suele tratar como a enemigos. Un hombre sabio solo será útil como hombre y no tolerará ser “arcilla” ni “tapar el agujero para detener el viento”, sino que dejará que otros se ocupen de esa función:

Nací en muy alta cuna para ser mercancía,
 Para ser segundo en el poder,
 O útil servidor e instrumento
 De ningún Estado soberano en el mundo.

Les parece inútil y egoísta el que se entrega por completo al prójimo, pero

declaran benefactor y filántropo al que se entrega parcialmente.

¿Cómo se puede llegar a ser un hombre y portarse bien con este gobierno actual? Respondo que no se puede sin la desgracia de asociarse con él. Ni por un instante podría reconocer esa organización política como *mi* gobierno, que también es el gobierno del *esclavo*.

Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución, es decir, el derecho a retirar la adhesión y resistirse al gobierno cuando su tiranía o su ineficacia son grandes e insoportables. Pero la mayoría dice que ese no es el caso ahora. Sin embargo, piensan que lo fue en la Revolución del 75. Si alguien me dijera que aquel era un mal gobierno porque gravó algunas de las mercancías extranjeras que llegaban a sus puertos, probablemente no le daría importancia, puesto que puedo pasar sin ellas. Todas las maquinarias tienen su fricción, y posiblemente esa produzca el bien suficiente para contrarrestar el mal. En cualquier caso, es un mal grande para que cause impresión. Pero cuando la fricción llega a tener su maquinaria, y la opresión y el bandidaje se organizan, lo que digo es que no usemos esa maquinaria. En otras palabras, cuando una sexta parte de la población de una nación que se ha propuesto ser el refugio de la libertad se compone de esclavos, y un ejército extranjero invade y conquista todo un país y lo somete a la ley marcial, no creo que sea demasiado pronto para que las personas honradas se rebelen y revolucionen. Lo que hace que este deber sea más urgente es el hecho de que el país invadido de ese modo no sea el nuestro, pero lo es el ejército invasor.

Paley, una autoridad corriente entre otras en cuestiones morales, en su capítulo sobre 'El deber de sumisión al gobierno civil' resuelve toda obligación civil en la conveniencia y dice que, "mientras lo requiera el interés de la sociedad en su conjunto, es decir, mientras no se pueda resistir al gobierno establecido ni cambiarlo sin inconvenientes públicos, la voluntad de Dios es que se obedezca al gobierno establecido, pero no más tiempo... Admitido este principio, la justicia de cada caso particular de resistencia se reduce al cómputo de la cantidad de peligro y agravio por una parte y a la probabilidad y el coste de indemnización por la otra". Dice que cada hombre juzgará al respecto por sí mismo. Pero no parece que Paley haya tenido en cuenta aquellos casos a los que no se aplica la regla de la conveniencia, en los que tanto el pueblo como el individuo han de hacer justicia cueste lo que cueste. Si le quito injustamente una tabla a alguien que se está ahogando, tengo que devolvérsela aunque me ahogue. Según Paley, sería inconveniente. Pero, en ese caso, quien quiera salvar su vida la perderá. Este pueblo debe dejar de tener esclavos, y de hacerle la guerra a México, aunque le cueste su existencia como pueblo.

En sus prácticas, las naciones coinciden con Paley, pero ¿alguien cree que Massachusetts hace estrictamente lo correcto en la crisis actual?

Una ramera de Estado, una furcia vestida de plata,
Para que su cola alce el vuelo y su alma se arrastre por el fango.

Hablando en un sentido práctico, los oponentes a una reforma en Massachusetts no son cien mil políticos del sur, sino cien mil comerciantes y granjeros de aquí, más interesados en el comercio y la agricultura que en la humanidad y que no están dispuestos a hacer justicia al esclavo ni a México *cueste lo que cueste*. No luchó con enemigos lejanos, sino con los que, cerca de casa, cooperan y cumplen órdenes de quienes están lejos y sin los cuales serían inofensivos. Solemos decir que la masa de hombres no está preparada, pero la mejora es lenta, porque la minoría no es sensiblemente más sabia o mejor que la mayoría. Lo importante no es que la mayoría sea tan buena como tú, sino que haya una bondad absoluta en alguna parte que lo fermente todo. Hay miles que *en opinión* se oponen a la esclavitud y la guerra, aunque en realidad no hagan nada para ponerles fin; que, considerándose hijos de Washington y Franklin, se sientan con las manos en los bolsillos y dicen que no saben qué hacer, y no hacen nada; que incluso aplazan la cuestión de la libertad por la cuestión del libre comercio, y leen tranquilamente la lista de precios vigentes junto a las últimas noticias

de México, después de cenar, y se quedan dormidos sobre ambas cosas. ¿Cuál es el precio vigente de un hombre honrado y patriota? Vacilan y se lamentan, y a veces elevan peticiones, pero no hacen nada serio y con resultados. Esperan, bien dispuestos, a que otros remedien el mal para no tener que lamentarlo. A lo sumo, conceden a lo justo un voto mezquino, un consentimiento débil y una bendición al paso. Hay novecientos noventa y nueve años de la virtud por cada hombre virtuoso, pero es más fácil tratar con el verdadero dueño de una cosa que con su guardián temporal.

Toda votación es una especie de entretenimiento, como las damas o el *backgammon*, con un leve matiz moral, un juego con lo justo y lo injusto, con las cuestiones morales, y, como es natural, acompañado de apuestas. El carácter de los votantes no está en juego. Doy mi voto, tal vez, como creo justo, pero no me concierne vitalmente que lo justo prevalezca. Estoy dispuesto a dejarlo en manos de la mayoría. Su obligación, por tanto, no va más allá de lo conveniente. Ni siquiera al votar *por lo justo* se *hace* algo por ello. Solo expresa débilmente a los demás nuestro deseo de que prevalezca. Un hombre sabio no dejará lo justo a merced del azar ni querrá que prevalezca mediante el poder de la mayoría. Hay poca virtud en la acción de masas de hombres. Cuando la mayoría vote al fin por la abolición de la esclavitud, será porque la esclavitud le resulte indiferente o porque haya poca esclavitud que abolir con su voto. Los únicos esclavos serán *ellos*. Solo quien afirma su libertad con *su* voto puede precipitar la abolición de la esclavitud.

Al oír que se celebrará una convención en Baltimore, o en otro lugar, para escoger a un candidato a la presidencia, compuesta por editores de prensa y políticos de profesión, me pregunto: ¿qué le importarán a cualquier persona inteligente, independiente y respetable las decisiones que tomen si no contamos con la ventaja de su sabiduría y honradez? ¿No podemos contar con algunos votos independientes? ¿No hay muchos individuos en el país que no acuden a convenciones? Pero no: encuentro que el llamado “hombre respetable” abandona su posición de inmediato y desespera de su país, cuando su país tiene más razones para desesperar de él. Adopta en seguida a uno de los candidatos escogidos como si fuera el único *disponible*, demostrando así que él mismo está *disponible* para los propósitos del demagogo. Su voto no tiene más valor que el de un extranjero sin principios o el de un mercenario nativo que haya sido comprado. ¡Oh, un hombre es un *hombre* y, como diría mi vecino, tiene un hueso en su espalda por el que no puedes pasar la mano! Nuestras estadísticas fallan: la población se ha vuelto demasiado densa. ¿Cuántos *hombres* hay en mil millas cuadradas en este país? Apenas uno. ¿No ofrece América ningún aliciente para que los hombres se establezcan aquí? El americano ha degenerado en un excedente, al que se puede conocer por el desarrollo de su órgano gregario y una manifiesta carencia de intelecto y jovial confianza en sí mismo, cuya primera y principal preocupación, al venir al mundo, es comprobar que los hospicios están en buen estado y, antes de ponerse legalmente la toga viril, recaudar fondos para ayudar a viudas y huérfanos; alguien que, en pocas palabras, se aventura a vivir solo de las ayudas de las compañías de seguros, que han prometido enterrarle decentemente.

Por naturaleza, el deber de un hombre no consiste en entregarse a la erradicación del mal, ni siquiera del más extendido: podría tener otros asuntos que lo ocuparan adecuadamente; pero su deber es, al menos, desentenderse de ello y, si ya no le dedica más pensamientos, no ofrecerle su apoyo en la práctica. Si me entrego a otras ocupaciones y consideraciones, primero tendré que comprobar que, al menos, no lo hago a costa de otro hombre. Antes tendré que aliviarlo, para que también él pueda dedicarse a sus pensamientos. Fijaos qué burda incongruencia se tolera. He oído a algunos de mis conciudadanos decir: “Me gustaría que me enviaran a sofocar una insurrección de esclavos o marchar a México, ya veríamos si iría”; sin embargo, todos ellos, directamente con su adhesión, o indirectamente, al menos, con su dinero, han ofrecido un sustituto. Quienes no rehúsan mantener al gobierno injusto que hace la guerra aplauden al soldado que rehúsa servir en una guerra injusta; lo aplauden aquellos cuyas acciones y autoridad ese mismo soldado desprecia y tiene en nada, como si el Estado fuera un penitente que alquila a uno para flagelarlo mientras peca, aunque

no hasta el punto de dejar de pecar en ningún momento. De este modo, con el nombre de orden y gobierno civil, todos rendimos homenaje y apoyamos nuestra propia mezquindad. Tras el primer rubor del pecado viene la indiferencia y, por así decirlo, lo inmoral se convierte en amoral, y no del todo innecesario para la vida que llevamos.

Sostener el error más extendido y prevalente requiere la virtud más desinteresada. Lo más probable es que lo noble incurra en el ligero reproche que suele hacerse a la virtud del patriotismo. Aquellos que, aunque desaprueben el carácter y las medidas del gobierno, le brindan su adhesión y apoyo, son sin duda sus más firmes partidarios y, con frecuencia, los obstáculos más serios para reformarlo. Algunos exigen al Estado que disuelva la Unión para desacatar las demandas del presidente. ¿Por qué no la disuelven ellos mismos —la unión entre ellos mismos y el Estado— y rehúsan pagar su cuota al tesoro? ¿No tienen ellos la misma relación con el Estado que el Estado con la Unión? ¿No son las mismas razones que impiden al Estado oponerse a la Unión las que les impiden a ellos oponerse al Estado?

¿Cómo puede nadie estar satisfecho con albergar solo una opinión y disfrutar de *ella*? ¿Habría algún goce en ella si su opinión es que ha sido ofendido? Si tu vecino te estafa un solo dólar, no quedas satisfecho con saber que te ha estafado ni con decirle que te ha estafado, ni siquiera con exigirle que te pague lo que te debe, sino que tomas medidas efectivas para obtener la cantidad íntegra y procuras que no te vuelva a estafar. La acción basada en principios, la percepción y ejecución de lo justo, cambian las cosas y las relaciones; es algo esencialmente revolucionario, y no consiste del todo en algo que haya sido ya. No solo divide Estados e iglesias, divide familias, ¡ay!, divide al *individuo*, separando lo diabólico que hay en él de lo divino.

Hay leyes injustas: ¿nos contentaremos con obedecerlas o intentaremos enmendarlas, obedeciéndolas hasta que lo hayamos logrado, o las transgrediremos en seguida? Por lo general, los hombres, bajo un gobierno como este, creen que han de esperar hasta haber persuadido a la mayoría para cambiarlas. Creen que, si se resisten, el remedio será peor que la enfermedad. Pero el remedio *es* peor que la enfermedad por culpa del gobierno. Es *él* quien lo empeora. ¿Por qué no es más ágil para anticiparse y reformar? ¿Por qué no aprecia a su sabia minoría? ¿Por qué se lamenta y resiste antes de salir perjudicado? ¿Por qué no anima a sus ciudadanos a estar alertas para señalar sus fallos y *hacerlo* mejor que él? ¿Por qué siempre crucifica a Cristo, excomulga a Copérnico y a Lutero y declara rebeldes a Washington y Franklin?

Podríamos pensar que el único delito que el gobierno no tiene en cuenta es la negación deliberada y práctica de su autoridad; si no, ¿por qué no ha fijado una pena definitiva, adecuada y proporcionada para él? Si alguien sin propiedades se niega a ganar nueve chelines para el Estado, será encarcelado durante un periodo indefinido de tiempo por una ley que conozco, que solo la discreción de quienes lo han encerrado allí definirá, pero si roba noventa veces nueve chelines al Estado se le dejará pronto en libertad.

Si la injusticia es parte de la fricción necesaria de la maquinaria del gobierno, dejadla, dejadla; tal vez se desgaste, sin duda, la máquina se estropeará. Si la injusticia tiene un resorte, o una polea, o un cable, o una manivela exclusivamente para ella, tal vez tengamos que pensar si el remedio no será peor que la enfermedad; pero si es de tal naturaleza que exige que seamos el agente de la injusticia para los demás, entonces lo que digo es que quebrantemos la ley. Que nuestra vida sea la contrafricción que detenga la máquina. Lo que tengo que hacer es comprobar, en cualquier caso, que no me presto al mal que condeno.

En cuanto a aceptar los medios que el Estado proporciona para curar la enfermedad, no conozco esos medios. Llevan demasiado tiempo, y la vida del hombre habrá pasado. Tengo otros asuntos que atender. No he venido a este mundo con la finalidad de convertirlo en un buen lugar en el que vivir, sino para vivir en él, sea bueno o malo. Nadie tiene que hacerlo todo, sino algo, y puesto que no puede hacerlo *todo*, no es necesario que haga *nada* mal. No me corresponde hacer más peticiones al gobernador o la cámara legislativa de lo que les corresponde a ellos hacérmelas a mí, y si ellos no atienden las mías, ¿qué debo hacer entonces? En este caso, el Estado no ha

previsto ningún medio: su Constitución misma es la enfermedad. Esto puede parecer rudo y terco y poco conciliador, pero es tratar con la mayor amabilidad y consideración al único espíritu que puede apreciarlo o merecerlo. Así es todo cambio a mejor, como el nacimiento y la muerte que convulsionan el cuerpo.

No vacilo al afirmar que aquellos que se llaman a sí mismos abolicionistas deberían retirar efectivamente su apoyo personal y económico al gobierno de Massachusetts, sin esperar a constituir una mayoría, antes de darle el derecho a prevalecer sobre ellos. Creo que es suficiente con tener a Dios de su parte, sin esperar a nadie más. Además, un hombre más justo que sus vecinos constituye una mayoría de uno.

Solo me encuentro con este gobierno americano, o con su representante, el gobierno del Estado, directamente, cara a cara, una vez al año, no más, en la persona del recaudador de impuestos; es el único modo en que un hombre en mi situación se relaciona necesariamente con él, y es entonces cuando el gobierno dice claramente: “Reconóceme”, y el modo más simple, efectivo y, en el estado actual de los asuntos, indispensable para tratar con él, de expresarle tu poca satisfacción y afecto, es rechazarlo. Mi vecino civil, el recaudador de impuestos, es el hombre real con el que tengo que tratar —al fin y al cabo, luchó con hombres, no con pergaminos—, y él ha elegido voluntariamente ser un agente del gobierno. ¿Cómo sabrá realmente qué es y qué hace como funcionario del gobierno, o como hombre, hasta que no lo obliguen a considerar si me trata a mí, su vecino, al que respeta, como vecino y hombre bien dispuesto, o como un maníaco y perturbador de la paz, y compruebe si logra superar ese obstáculo a su vecindad sin ningún pensamiento o discurso más rudos o impetuosos de los que se correspondan con su acción? Sé bien que si a mil, a cien, a diez hombres a los cuales podría nombrar —solo a diez hombres *honrados*—, ¡ay!, si a *un* hombre HONRADO, en este Estado de Massachusetts, *por dejar de tener esclavos*, le retiraran su coparticipación y lo metieran en la cárcel del condado, eso supondría la abolición de la esclavitud en América. No importa lo pequeño que pueda parecer el principio: lo que se hace bien una vez, se hace bien para siempre. Pero preferimos hablar de ello: decimos que es nuestra misión. La reforma tiene muchos titulares de periódico a su servicio, pero ningún hombre. Si mi estimado vecino, el embajador del Estado, que dedicará sus días a zanjar la cuestión de los derechos humanos en la cámara del consejo, en lugar de ser amenazado con las prisiones de Carolina, mandara sentarse al carcelero de Massachusetts, ese estado tan ansioso por endosar el pecado de la esclavitud a su hermana —aunque en el presente solo podrá descubrir que el motivo de su riña con ella fue un acto de inhospitalidad—, la cámara legislativa no aplazaría el asunto al próximo invierno.

Bajo un gobierno legítimo que encarcela injustamente, el verdadero lugar para el hombre justo también es la cárcel. El lugar adecuado hoy, el único lugar que Massachusetts ha previsto para sus liberadores y espíritus menos abatidos son sus cárceles, donde el Estado los excluye y encarcela por sus actos, como ya lo fueron por sus principios. Es allí donde se encuentran el esclavo fugitivo, el prisionero mexicano en libertad condicional y el indio que viene a excusar los males de su raza; están apartados, pero sobre un suelo más libre y honorable, en el que el Estado sitúa a aquellos que no están *con* él, sino *contra* él: la única casa en un Estado esclavista en la que un hombre libre puede habitar con honor. Si creen que allí perderán su influencia y que sus voces dejarán de afligir los oídos del Estado, que dentro de sus muros no se les considerará enemigos, no saben hasta qué punto la verdad es más fuerte que el error, ni con cuanta elocuencia y efectividad pueden combatir la injusticia que han experimentado en su propia persona. No solo deis vuestro voto a través de una papeleta, sino también con toda vuestra influencia. Una minoría no tiene poder mientras se somete a la mayoría, puesto que ni siquiera es una minoría, pero es imposible resistirla cuando se moviliza con todo su peso. Si la alternativa fuera mantener a todos los hombres justos en prisión, o abandonar la guerra y la esclavitud, el Estado no vacilaría en qué elegir. Si mil hombres no pagaran sus impuestos este año, no sería una medida violenta o sangrienta, como lo sería pagarlos y posibilitar al Estado

para que cometa actos violentos y derrame sangre inocente. Esa es, de hecho, la definición de revolución pacífica, si algo así es posible. Si el recaudador de impuestos o algún otro funcionario público me preguntara, como ya ha ocurrido, “¿Qué puedo hacer?”, mi respuesta sería: “Si realmente deseas hacer algo, renuncia a tu cargo”. Cuando el ciudadano ha negado su adhesión y el funcionario ha renunciado a su cargo, la revolución se lleva a cabo. Pero aún así, suponed que la sangre fluyera. ¿No se derrama un tipo de sangre cuando se hiere la conciencia? Por esa herida escapa la verdadera virilidad e inmortalidad del hombre, y se desangra en una muerte eterna. Veo esta sangre salir ahora.

He presenciado el encarcelamiento de transgresores, en lugar del embargo de sus bienes —aunque ambas medidas sirven al mismo propósito—, porque quienes imponen la justicia más pura, y en consecuencia, son los más peligrosos en un Estado corrompido, no emplean mucho tiempo acumulando propiedades. En ese caso, el Estado presta poco servicio, y un impuesto bajo suele parecer exorbitante, especialmente a los que están obligados a ganarlo con el trabajo particular de sus manos. Si hubiera alguien que viviera sin usar dinero, el Estado vacilaría al exigirselo. Pero el hombre rico —para no hacer comparaciones odiosas— siempre se vende a la institución que lo hace rico. Hablando en términos absolutos, cuanto más dinero, menos virtud, pues el dinero se interpone entre un hombre y sus objetivos, y a través de él los obtiene, y obtenerlo no es una gran virtud. El dinero zanja muchas cuestiones que, de otra manera, tendría que responder, mientras que solo plantea una nueva cuestión difícil, pero superflua: cómo gastarlo. De este modo, el terreno moral se abre bajo sus pies. Las oportunidades de vivir disminuyen en proporción al incremento de lo que llamamos “medios”. Cuando un hombre se hace rico, lo mejor que puede hacer por su cultura es intentar aplicar los planes que albergaba cuando era pobre. Cristo respondió a los fariseos según su condición: “Mostradme la moneda del tributo”, dijo, y alguien sacó una moneda del bolsillo. Si usáis monedas con la imagen del César, que él ha puesto en circulación y a las que ha dado valor, es decir, *si sois hombres de Estado* y disfrutáis alegremente de las ventajas del gobierno del César, devolvedle parte de lo suyo cuando os lo pida, “dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”, lo que no les hizo más sabios que antes al respecto, pues no querían saber.

Cuando converso con los más libres de mis vecinos, observo que, digan lo digan de la magnitud y la gravedad de la cuestión, y sea cual sea su respeto por la tranquilidad pública, la cuestión es que no pueden prescindir de la protección del gobierno existente y temen las consecuencias de la desobediencia para su propiedad y sus familias. Por mi parte, no me gustaría pensar que haya confiado alguna vez en la protección del Estado. Pero, si niego la autoridad del Estado cuando presenta su impuesto, pronto se apropiará de todos mis bienes y los malgastará, y nos hostigará sin fin a mis hijos y a mí. Es duro. Hace imposible que un hombre viva al mismo tiempo de forma honrada y confortable en los aspectos materiales. No merecerá la pena acumular propiedades; volverá a pasar. Tendréis que arrendar u ocupar algún lugar, y cultivar un pequeño huerto, y comer cuanto antes de él. Debéis vivir con vosotros mismos y depender de vosotros mismos, siempre remangados y dispuestos a empezar, sin meteros en muchos asuntos. Un hombre podría enriquecerse incluso en Turquía si fuera en todos los aspectos un buen súbdito del gobierno turco. Confucio dijo: “Si los principios de la razón gobiernan un Estado, la pobreza y la miseria serán objeto de vergüenza, si los principios de la razón no gobiernan un Estado, las riquezas y los honores serán objeto de vergüenza”. No: mientras no necesite que la protección de Massachusetts me alcance en un puerto distante del sur, donde mi libertad esté en peligro, ni me incline solo a levantar una hacienda en casa por medios pacíficos, podré rehusar la adhesión a Massachusetts y su derecho a mi propiedad y mi vida. Me cuesta menos en cualquier sentido incurrir en el castigo por desobediencia al Estado de lo que me cuesta obedecerlo. Me sentiría menos digno en ese caso.

Hace algunos años, el Estado me interpeló en nombre de la iglesia, y me exigió que pagara cierta suma para sostener al clérigo a cuyos sermones asistía mi padre, no yo. “Págala —decía— o serás encarcelado.” Me negué a pagar. Pero, por desgracia, otra

persona creyó conveniente pagarla. No entendía por qué el maestro de escuela debía pagar impuestos para sostener al sacerdote, y no el sacerdote al maestro de escuela, pues yo no era maestro del Estado, sino que me sostenía por suscripción voluntaria. No entendía por qué el Liceo no presentaba sus impuestos, con el respaldo del Estado, igual que la iglesia. Sin embargo, a petición del consejo de administración, condescendí a escribir un alegato como este: “Por la presente, que todos sepan que yo, Henry Thoreau, no deseo que se me considere miembro de ninguna asociación a la que no me haya unido”. Se la di al secretario del consistorio, y él es quien la tiene. El Estado, habiéndose enterado de que no quería que me considerara miembro de esa iglesia, no me ha vuelto a exigir nada parecido desde entonces, aunque dijera que debía mantener su petición original. Si hubiera sabido cómo se llamaban, me habría borrado una a una de todas las sociedades a las que nunca me había apuntado, pero no sabía dónde encontrar una lista completa.

No he pagado el impuesto al sufragio desde hace seis años. En una ocasión, fui encarcelado durante una noche por ese motivo y, mientras contemplaba los muros de piedra maciza de dos o tres pies de grosor, la puerta de madera y hierro de un pie de grosor, y la reja de hierro que tamizaba la luz, no pude evitar que me conmoviera la locura de esa institución que me trataba como si no fuera más que carne, sangre y huesos para encarcelarme. Me sorprendió que hubiera decidido que ese era al fin el mejor uso que podía darme y que no hubiera pensado nunca en disponer de mis servicios de algún modo. Comprendí que, si había un muro de piedra entre mis conciudadanos y yo, había otro aún más difícil de franquear o atravesar, antes de que fueran tan libres como yo. En ningún momento me sentí confinado, y las paredes parecían un gran derroche de piedra y mortero. Me sentí como si yo solo entre todos mis conciudadanos hubiera pagado mi impuesto. Sencillamente, no sabían cómo tratarme, pues se comportaron como personas sin educación. En cada amenaza y en cada cumplido había un error, pues creían que mi mayor deseo era estar al otro lado de aquel muro de piedra. No podía sino sonreír al observar cómo echaban laboriosamente el cerrojo a mis meditaciones, que se sucedían sin estorbo ni obstáculo: *ellos* eran el verdadero peligro. Como no podían alcanzarme, decidieron castigar mi cuerpo; como muchachos que, si no pueden llegar hasta la persona a la que guardan rencor, maltratan a su perro. Comprendí que el Estado era necio, tímido como una mujer solitaria con sus cucharas de plata, y que no sabía distinguir a sus amigos de sus enemigos, y perdí todo el respeto que me quedaba hacia él y lo compadecí.

De este modo, el Estado no se enfrenta intencionadamente al sentido intelectual o moral del hombre, sino solo a su cuerpo, a sus sentidos. No está armado con ingenio superior u honradez, sino con una fuerza física superior. No he nacido para ser forzado. Respiraré a mi manera. Veamos quién es más fuerte. ¿Qué fuerza tiene una multitud? Solo pueden obligarme quienes obedecen a una ley superior a la que yo obedezco. Me obligan a convertirme en uno de ellos. No he oído hablar de *hombres* que hayan sido *forzados* a vivir de esta o aquella manera por masas de hombres. ¿Qué clase de vida sería esa? Cuando me encuentro con un gobierno que me dice: “El dinero o la vida”, ¿por qué habría de apresurarme a darle mi dinero? Tal vez esté en apuros y no sepa lo que hacer: no puedo evitarlo. Ha de ayudarse a sí mismo; hacer lo que yo hago. No merece la pena gimotear al respecto. No soy responsable del buen funcionamiento de la maquinaria de la sociedad. No soy el hijo del ingeniero. He observado que, cuando una bellota y una castaña caen una al lado de otra, una no se queda inerte para dejar paso a la otra, sino que ambas obedecen sus propias leyes, y brotan y crecen y florecen como mejor pueden hacerlo, hasta que tal vez una eclipse y destruya a la otra. Si una planta no puede vivir según su naturaleza, muere, y el hombre también.

La noche en prisión fue novedosa y bastante interesante. Cuando entré, los prisioneros, en mangas de camisa, disfrutaban de la charla y la brisa del anochecer en el umbral. Pero el carcelero dijo: “Vamos, muchachos, es hora de cerrar”, y se dispersaron, y oí el sonido de sus pasos volviendo a los compartimentos vacíos. El carcelero me presentó a

mi compañero de cuarto como “un tipo magnífico y un hombre inteligente.” Cuando la puerta se cerró, me indicó dónde colgar mi sombrero y cómo se las arreglaba allí. Las celdas se enjalbegaban una vez al mes y este era, al menos, el apartamento más blanco, el más sencillamente amueblado y, probablemente, el más limpio de la ciudad. Naturalmente, quería saber de dónde venía yo y qué me había traído allí, y una vez se lo hube contado, le pregunté cómo había llegado allí, suponiendo que era un hombre honrado, desde luego, y, según marcha el mundo, creo que lo era. “Porque —dijo— me acusaron de quemar un granero, pero no lo hice.” Hasta donde pude descubrir, probablemente había ido borracho a pasar la noche a un granero, y allí fumó su pipa, y así es como ardió el granero. Tenía reputación de ser un hombre inteligente. Había pasado tres meses esperando que se celebrara su juicio, y habría de esperar mucho más, pero estaba domesticado y satisfecho, puesto que conseguía comida a cambio de nada y se consideraba bien tratado.

Ocupó una ventana y yo la otra, y comprendí que, si uno pasaba allí mucho tiempo, su principal ocupación consistía en mirar por la ventana. Pronto había leído todos los panfletos que dejaban allí y examinado por dónde habían escapado antiguos prisioneros, dónde habían serrado las rejas y oído la historia de los distintos ocupantes de esa celda, pues me di cuenta de que, incluso allí, había historias y rumores que nunca circularían más allá de los muros de la prisión. Probablemente es el único lugar de la ciudad donde se componen versos, que luego se imprimen circularmente, pero no se publican. Me enseñaron una larga lista de versos que habían compuesto jóvenes descubiertos en un intento de fuga y que se vengaron cantándolos.

Sonsaqué toda la información que pude a mi compañero por temor a no volver a verlo nunca más, hasta que, al fin, me indicó cuál era mi cama y dejó que apagara la lámpara.

Pasar allí una noche fue como viajar a un país lejano que no esperaba contemplar. Me pareció que nunca había oído dar la hora al reloj del ayuntamiento, ni los sonidos de la ciudad al atardecer, pues dormimos con las ventanas abiertas, ya que estaban dentro de las rejas. Fue como ver mi ciudad natal a la luz de la Edad Media, y nuestro Concord transformado en la corriente del Rin, y pasaron ante mí visiones de caballeros y castillos. Oí en las calles las voces de los antiguos burgueses. Fui un espectador y oyente involuntario de todo lo que se decía y hacía en la cocina de la taberna de al lado, una experiencia totalmente nueva y extraña para mí. Fue una perspectiva más íntima de mi ciudad natal. Me adentré en ella verdaderamente. Nunca antes había visto sus instituciones. Esta es una de sus instituciones peculiares, pues es la sede del condado. Empecé a comprender lo que eran sus habitantes.

Por la mañana, nuestros desayunos nos llegaron a través del agujero de la puerta, en pequeñas tazas de hojalata en forma rectangular, hechas para que encajaran, y contenían una pinta de chocolate, pan moreno y una cuchara de hierro. Cuando avisaron para devolver los recipientes, aún estaba yo lo suficientemente verde como para devolver el pan que me había sobrado; pero mi camarada lo cogió y dijo que debía guardarlo para la comida o la cena. Poco después, se fue a trabajar a un campo de heno cercano, donde iba todos los días y de donde no estaría de vuelta hasta mediodía; así que me deseó un buen día, diciendo que no sabía si volvería a verme.

Cuando salí de la prisión —pues alguien medió y pagó el impuesto—, no percibí que hubieran tenido lugar grandes cambios en general, como lo observa el que entra joven y sale siendo un hombre

tambaleante de cabeza canosa; sin embargo, a mis ojos se había producido un cambio en el paisaje —la ciudad, el Estado, el país—, mayor que el que podría producir el mero paso del tiempo. Comprendí con más claridad el Estado en que vivía. Comprendí hasta qué punto podía confiar en las personas con las que vivía como si fueran buenos vecinos y amigos; que su amistad solo era para el verano; que no se proponían en gran medida hacer lo justo; que eran una raza distinta a la mía por sus prejuicios y supersticiones, como los chinos y los malayos; que, en sus sacrificios a la humanidad, no corrían riesgos, ni siquiera con sus propiedades; que, al fin y al cabo, no eran tan nobles, puesto que trataban al ladrón como él les había tratado a ellos y esperaban, por algunas costumbres superficiales y unas cuantas plegarias, y por caminar de vez en cuando por un sendero peculiarmente firme aunque inútil, salvar sus almas. Tal vez juzgue a mis vecinos con dureza, pero creo que la mayoría no es consciente de tener una institución como la cárcel en su ciudad.

Era costumbre en nuestra ciudad, cuando un pobre deudor salía de la cárcel, que sus conocidos le saludaran mirándole a través de los dedos cruzados para representar la reja de la ventana de la cárcel: “¿Cómo te va?” Mis vecinos no me saludaron así, sino que primero me miraron, y luego se miraron unos a otros, como si hubiera vuelto de un largo viaje. Fui encarcelado cuando iba al zapatero a recoger un zapato. Cuando me liberaron a la mañana siguiente, fui a acabar mis recados, y habiéndome puesto mi zapato remendado, me uní a una partida de gente en busca de arándanos, impaciente por secundar mi conducta y, en media hora —pues el caballo fue enjaezado en seguida—, estaba en medio de un campo de arándanos, en una de nuestras colinas más altas, a dos millas, y no vimos al estado por ninguna parte.

Esta es la historia completa de “Mis prisiones”.

Nunca he rehusado pagar el impuesto de circulación, porque deseo ser tan buen vecino como mal súbdito, y, en cuanto a mantener las escuelas, estoy haciendo mi parte para educar ahora a mis conciudadanos. No es por una cuestión en particular del impuesto por lo que me niego a pagarlo. Simplemente quiero rehusar la adhesión al Estado, apartarme y mantenerme distante de él de una manera eficaz. Aunque pudiera, no me preocuparía por seguir el rastro de mi dólar hasta que compra a un hombre o un mosquito con el que disparar —el dólar es inocente—, sino que me concierne seguir el rastro de los efectos de mi adhesión. De hecho, declaro tranquilamente la guerra al Estado, a mi manera, aunque aún lo utilizaré y me beneficiaré de él en lo que pueda, como es usual en estos casos.

Si otros pagan el impuesto que se me pide, por simpatía con el Estado, solo hacen lo que ya han hecho en su caso, o más bien incitan a la injusticia en mayor grado de lo que el Estado requiere. Si pagan el impuesto por un interés erróneo en el individuo censado, para salvar su propiedad o impedir que vaya a la cárcel, es porque no han considerado sensatamente hasta dónde dejan que sus sentimientos privados interfieran con el bien público.

Por tanto, esta es mi posición actual. Pero, en un caso así, nadie puede estar demasiado en guardia, a menos que su acción se tuerza por obstinación o un respeto indebido por las opiniones de los hombres. Que cada uno haga lo que le corresponde a él mismo y a su hora.

A veces pienso, vaya, esta gente tiene buenas intenciones; no son más que ignorantes, lo harían mejor si supieran. ¿Por qué causar a tus vecinos la molestia de tratarte como no quieren? Pero, sigo pensando, esa no es una razón para que yo haga lo mismo que ellos ni para que les deje causar una molestia distinta mucho mayor. De nuevo, a veces me digo: si muchos millones de personas, sin encono, sin mala voluntad, sin ningún tipo de resentimiento personal, te piden solo unos cuantos chelines sin la

posibilidad, esa es su constitución, de retractarse o alterar su demanda, y sin la posibilidad por tu parte de apelar a otros tantos millones, ¿por qué te expones a esa abrumadora fuerza bruta? No resistes el frío y el hambre, los vientos y las olas con esa obstinación; te sometes tranquilamente a mil necesidades parecidas. No metes la cabeza en el fuego. Pero precisamente porque no la considero una fuerza bruta, sino parcialmente una fuerza humana, y considerando que tengo tanta relación con esos millones como con muchos millones de hombres, creo que es posible apelar, en primera instancia y en seguida, a su Hacedor, y después a ellos mismos. Pero si metiera deliberadamente la cabeza en el fuego, no podría apelar al fuego ni al hacedor del fuego, y yo sería el único responsable. Si pudiera convencerme de que tengo derecho a contentarme con los hombres según son, y a tratarlos en consecuencia, y no de acuerdo, en algunos aspectos, con mis requisitos y expectativas de lo que ellos y yo deberíamos ser, entonces, como un buen musulmán y fatalista, trataría de contentarme con las cosas según son y decir que es la voluntad de Dios. Sobre todo, hay una diferencia entre resistirse a esto y a una fuerza puramente brutal o natural: que puedo resistirme a ello con algún efecto, pero no puedo esperar, como Orfeo, que cambie la naturaleza de las rocas y de los árboles y de las bestias.

No deseo luchar con ningún hombre ni nación. No querría quedarme en lo trivial, hacer distinciones sutiles ni presumir de ser mejor que mis vecinos. Podría decir, incluso, que busco una excusa para conformarme con las leyes del país. Estoy más que dispuesto a conformarme con ellas. De hecho, tengo motivos para sospechar de mí mismo en este asunto, y cada año, cuando el recaudador de impuestos se acerca, me encuentro dispuesto a examinar las actuaciones y la posición de los gobiernos general y estatal, y el espíritu del pueblo, para descubrir un pretexto para la conformidad.

Hemos de querer a nuestro país como a nuestros padres
Y, si en algún momento, no dejamos
Que nuestro amor y esfuerzo lo honren,
Tendremos que atenernos a las consecuencias y enseñar al alma
Las cosas de la conciencia y la religión,
Sin desear mando ni beneficio.

Creo que el Estado pronto se podrá quedar con todo este trabajo de mis manos, y entonces no seré mejor patriota que mis conciudadanos. Desde un punto de vista inferior, la Constitución, con todos sus fallos, es muy buena; la ley y los tribunales son muy respetables; incluso este Estado y este gobierno americano son, en muchos aspectos, admirables y excepcionales, por lo que hay que estar agradecido, como muchos grandes hombres los han descrito. Pero, desde un punto de vista un poco más elevado, son como los he descrito yo; desde un punto de vista aún más elevado, y supremo, ¿quién diría lo que son ni si merece la pena contemplarlos o pensar en ellos?

Sin embargo, el gobierno no me concierne demasiado y pensaré en él lo menos que pueda. No son muchos los momentos en los que vivo bajo un gobierno, ni siquiera en este mundo. Si un hombre es libre de pensamiento, libre de fantasía, libre de imaginación, de modo que *lo que no es* no le parezca *ser* nunca demasiado tiempo, los legisladores o reformadores insensatos no podrán interrumpirlo fatalmente.

Sé que la mayoría piensa de forma diferente a la mía, pero aquellos cuyas vidas están dedicadas por profesión al estudio de estos asuntos o parecidos me satisfacen tan poco como los demás. Los hombres de Estado y los legisladores, metidos tan de lleno en la institución, no la contemplan nunca de manera clara y manifiesta. Hablan de cambiar la sociedad, pero no tienen un lugar de descanso sin ella. Tal vez sean hombres con cierta experiencia y criterio, y, sin duda, habrán inventado sistemas ingeniosos e incluso útiles, que sinceramente les agradecemos; pero todo su ingenio y utilidad cabe en el interior de ciertos límites no demasiado amplios. Suelen olvidar que el mundo no está gobernado por la política ni la conveniencia. Webster nunca se aparta del gobierno y, por ello, no puede hablar con autoridad de él. Sus palabras son sabiduría para

aquellos legisladores que no se proponen una reforma esencial en el gobierno existente, pero para los pensadores, y los que legislan para todas las épocas, no va derecho al asunto. Conozco las serenas y sabias especulaciones sobre este tema de uno de ellos que pronto revelan los límites del alcance y la hospitalidad de su mente. Sin embargo, comparadas con las baratas declaraciones de la mayoría de los reformadores, y las todavía más baratas sabiduría y elocuencia de los políticos en general, sus palabras son casi las únicas sensatas y valiosas, y damos gracias a Dios por él. Por comparación, es siempre fuerte, original, y sobre todo, práctico. Sin embargo, su cualidad no es la sabiduría, sino la prudencia. La verdad del legislador no es la Verdad, sino la coherencia, o una conveniencia coherente. La Verdad está siempre en armonía consigo misma, y no le concierne especialmente poner de manifiesto que la justicia puede ser compatible con la maldad. Merece que lo llamen, como ya lo han llamado, el defensor de la Constitución. En realidad, no ha dado más que golpes defensivos. No es un líder, sino un seguidor. Sus líderes son los hombres del ochenta y siete. “Nunca he intentado —dice—, ni me propongo intentarlo, nunca he pensado en intentar, ni me propongo pensar en intentarlo, truncar el acuerdo original por el que varios Estados se convirtieron en la Unión.” Sin embargo, pensando en la sanción que la Constitución da a la esclavitud, dice: “Puesto que fue una parte del contrato original, dejémoslo así”. A pesar de su especial perspicacia y habilidad, es incapaz de extraer un hecho de sus relaciones meramente políticas y contemplarlo a disposición absoluta del intelecto —por ejemplo, qué le incumbe hacer a una persona aquí, en América, hoy, respecto a la esclavitud—, sino que se aventura, o se ve forzado, a dar respuestas tan desesperadas como la siguiente, mientras pretende hablar con firmeza y desde un punto de vista privado (¿de qué nuevo y singular código de deberes sociales podría inferirla?): “La manera —dice— en que regulen la esclavitud los gobiernos de aquellos Estados donde existe depende de su propia consideración, bajo la responsabilidad con sus votantes, de las leyes generales de la propiedad, la humanidad y la justicia, y de Dios. Las asociaciones formadas en otra parte, surgidas del sentimiento de humanidad o de cualquier otra causa, no tienen nada que ver con ella. Nunca han recibido mi apoyo y nunca lo recibirán”.

Los que no conocen fuentes más puras de la verdad, ni han remontado más alto su corriente, están, y están sensatamente, junto a la Biblia y la Constitución, y beben de ellas con reverencia y humildad; pero quienes contemplan de dónde se apresura hasta este lago o aquel estanque, se ciñen la cintura una vez más y continúan su peregrinación hasta su manantial.

En América no ha aparecido ningún hombre de genio para la legislación. Son raros en la historia del mundo. Hay miles de oradores, políticos y hombres elocuentes, pero no ha abierto la boca para hablar el orador capaz de resolver las cuestiones más desagradables del día. Amamos la elocuencia por sí misma, no por la verdad que pueda emitir ni el heroísmo que pueda inspirar. Nuestros legisladores no han aprendido el valor relativo del libre comercio y de la libertad, de la unión, y de la rectitud, para una nación. No tienen genio ni talento para las relativamente modestas cuestiones de impuestos y finanzas, comercio, industria y agricultura. Si hubiéramos dejado que nos dirigiera el prolijo ingenio de los legisladores en el congreso, sin que lo hubieran corregido la experiencia oportuna y las eficaces reclamaciones del pueblo, América no habría mantenido mucho tiempo su rango entre las naciones. El Nuevo Testamento, aunque tal vez no tenga derecho a decirlo, se escribió para mil ochocientos años; sin embargo, ¿dónde está el legislador que tenga sabiduría y talento práctico suficientes para aprovechar la luz que arroja sobre la ciencia de la legislación?

La autoridad del gobierno, a la que estaría dispuesto a someterme —pues obedeceré con mucho gusto a los que sepan y puedan hacerlo mejor que yo y, en muchas cosas, incluso a quienes no sepan ni puedan hacerlo tan bien—, aún es impura: para ser estrictamente justa, ha de tener la sanción y el consentimiento de los gobernados. No puede tener un derecho más justo sobre mi persona y propiedad que el que yo le concedo. El progreso de una monarquía absoluta a una monarquía limitada, de una monarquía limitada a una democracia, es un progreso hacia un verdadero

respeto por el individuo. ¿Es la democracia, según la conocemos, la última mejora posible en el gobierno? ¿No es posible dar un paso más hacia el reconocimiento y la organización de los derechos del hombre? No habrá nunca un Estado realmente libre e ilustrado hasta que el Estado reconozca al individuo como un poder más elevado e independiente, del que derivan todo su poder y autoridad, y lo trate en consecuencia. Me complazco imaginando un Estado que se atreva a ser justo con todos los hombres y trate al individuo con respeto como vecino, que no crea incompatible con su tranquilidad que unos cuantos vivan lejos de él, sin mezclarse con él, ni abrazarlos, que cumpla todos los deberes de vecinos y prójimos. Un Estado que diera ese fruto, y dejara que cayera tan pronto como madurara, despejaría el camino para un Estado aún más perfecto y glorioso, que también imagino, aunque no lo haya visto en ninguna parte.

HENRY DAVID THOREAU

‘Desobediencia civil’, en *Desobediencia civil. Historia y antología de un concepto*, ed. de A. Lastra, Tecnos, Madrid, 2012, pp. 151-176.

Breve bibliografía

ABRAHAM LINCOLN, *El discurso de Gettysburg y otros escritos sobre la Unión*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Tecnos, Madrid, 2005.

Desobediencia civil. Historia y antología de un concepto, ed. de A. Lastra, Tecnos, Madrid, 2012.

LORD ACTON, *Escritos sobre la Guerra Civil y la Constitución de los Estados Confederados de América*, ed. de A. Lastra y A. Bergés, In Itinere Editorial Digital. Seminario de Historia Constitucional Martínez Marina, Universidad de Oviedo, 2015.

http://www.unioviedo.es/constitucional/seminario/books/In_Itinere_o8_Escritos_Guerra_Civil.pdf